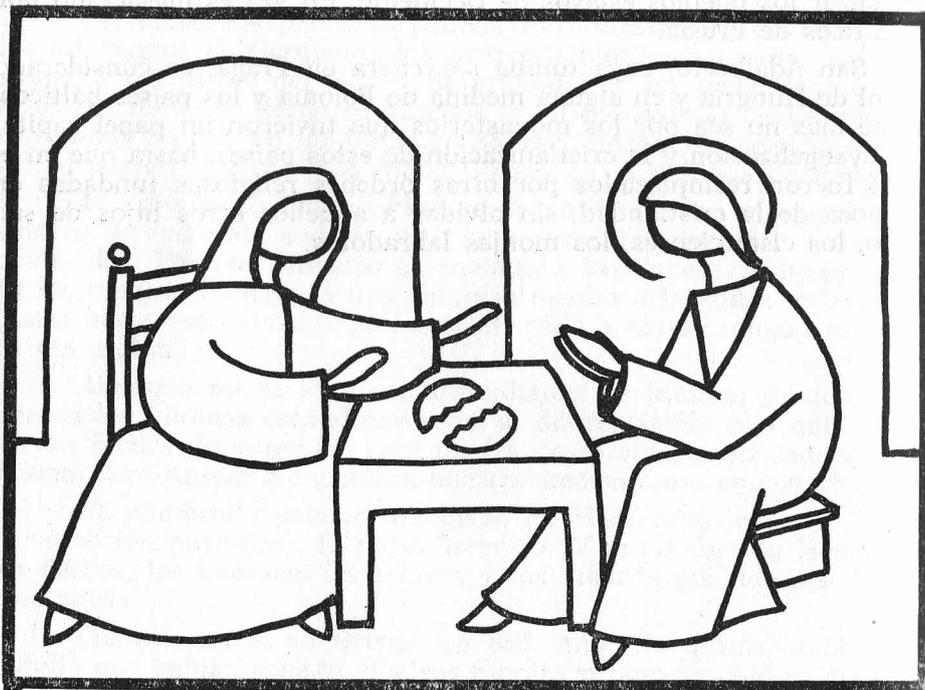


**SAN GREGORIO MAGNO
LIBRO II DE LOS *DIÁLOGOS*
VIDA Y MILAGROS DEL BIENAVENTURADO ABAD BENITO⁴³**



Dibujo del P. Pablo Sáenz, osb

Hubo un varón de vida venerable, Benito por gracia y por nombre, dotado desde su más tierna infancia de una cordura de anciano⁴⁴. Anticipándose, en efecto, por sus costumbres a la edad, jamás entregó su espíritu a ningún placer, sino que estando aún en esta tierra y pudiendo gozar libremente de los bienes temporales, despreció ya el mundo con sus flores, cual si estuviese marchito. Nacido en la región de Nursia, de buena familia, fue enviado a Roma a cursar los estudios de las ciencias liberales. Pero viendo que muchos se dejaban arrastrar en el estudio por la pendiente de los vicios, retiró el pie, que casi había puesto en el umbral del mundo, por temor a que si llegaba a conseguir un poco de su ciencia, fuese después a caer también él totalmente en el fatal precipicio. Despreciando, pues, los estudios literarios, abandonó la casa y los bienes de su padre, y deseando agradar sólo a Dios, buscó el hábito de la vida monástica. Retiróse, pues, ignorante a sabiendas y sabiamente indocto.

No he podido averiguar todos los hechos de su vida, pero los pocos que narro los he sabido por referencias de cuatro de sus discípulos a saber: Constantino, varón venerabilísimo, que le sucedió en el gobierno del monasterio; Valentiniano, que estuvo durante muchos años al frente del monasterio de Letrán; Simplicio, el tercero que después de él rigió su comunidad, y Honorato, que todavía gobierna él cenobio donde él había vivido primeramente.

⁴³ De *Ecoute*, N° 258 y N° 259. Tradujo: Hna. M. Isabel Guiroy, osb. Monasterio Gozo de María. Córdoba — Argentina.

⁴⁴ Versión castellana extractada de: *San Benito, su vida. su Regla*, B.A.C., N° 115.

1. Cuando, pues, dejados los estudios literarios, concibió el propósito de retirarse al desierto, siguióle tan sólo su nodriza, que le amaba entrañablemente. Y habiendo llegado a un lugar que llaman Effide, luego que les retuvo en aquel paraje la caridad de muchas personas honradas, se establecieron junto a la Iglesia de San Pedro. La mencionada nodriza de Benito solicitó de las vecinas le diesen de prestado una criba para limpiar el trigo; y habiéndola dejado incautamente sobre la mesa, rompióse por casualidad, de modo que quedó partida en dos pedazos. Cuando al llegar la encontró así la nodriza, empezó a llorar desconsoladamente al ver roto el utensilio que había recibido prestado.

2. Pero Benito, joven religioso y compasivo, viendo llorar a su nodriza, compadecido de su dolor, llevando consigo los dos pedazos de la criba rota, dióse a la oración con lágrimas; y al levantarse encontró junto a él el recipiente tan entero, que no hubiera podido notarse en él señal alguna de rotura. En seguida, consolando dulcemente a su nodriza, le devolvió entera la criba que se había llevado rota. El caso llegó a noticia de todos en aquel lugar y causó tal admiración, que los habitantes del pueblo colgaron esa misma criba en el vestíbulo de la iglesia, con el objeto de que todos, los presentes y los que vinieran en el futuro, supieran con qué perfección había dado comienzo el joven Benito a la gracia de su nueva vida. Allí estuvo expuesta a los ojos de todos durante muchos años y hasta estos tiempos de los longobardos ha permanecido suspendida en las puertas de la iglesia.

3. Pero Benito, prefiriendo más bien sufrir las injurias del mundo que sus alabanzas, y verse por Dios agobiado de trabajos, más que ensalzado por los favores de esta vida, huyó a escondidas de su nodriza y se marchó al desierto.

Comentario

Estamos en 593. Gregorio es papa desde hace tres años. Su primera preocupación ha sido pronunciar y publicar cuarenta Homilías sobre los Evangelios de los domingos y las fiestas. Luego, en los momentos libres que le permiten su vasta correspondencia, su mala salud, sus preocupaciones pastorales y políticas —los terribles longobardos no cesan de amenazar Roma—, el antiguo monje ha vuelto a su ocupación favorita: comentar, en el pequeño círculo de sus íntimos, libros enteros de la Biblia.

Pero sus amigos no están enteramente satisfechos con esta enseñanza espiritual con una base escriturística. Desean además otra cosa: hermosas historias de milagros parecidas a las que Gregorio ha relatado en algunas de sus Homilías. Para satisfacer este pedido, el papa interrumpe sus comentarios bíblicos y comienza a componer una obra sobre los milagros realizados en Italia en época reciente. En el Primer Libro, acaba de presentar, dialogando con su viejo amigo el diácono Pedro, una docena de santos, autores de uno o varios prodigios. Ahora trata de un personaje de estatura excepcional, al cual dará un relieve extraordinario al consagrarle todo el Libro Segundo: un cierto Benito de Nursia, fundador de monasterios en Subiaco y Montecasino.

¿Por qué tiene Benito esta importancia sin igual a los ojos de Gregorio? Sin duda a raíz de los informes particularmente numerosos que ha recogido acerca de él, pero también, como veremos, porque el antiguo monje convertido en pastor de la Iglesia, envuelve en esa figura de santo monje y de abad lo mejor de su propia experiencia, de su saber espiritual y de sus aspiraciones.

El principio de la Vida de Benito que hemos reproducido más arriba, contiene dos relatos de partidas, separados por una lista de testigos. No vamos a detenernos en ella, pero notemos por esta sola vez, su alcance y su valor. Esta lista nos garantiza la historicidad sustancial de la Vida. Benito no es un héroe de leyenda, salido de la imaginación popular o de los sueños religiosos del mismo Gregorio. Los lugares donde vivió, los monasterios que fundó, los superiores que lo sucedieron, todo eso de pública notoriedad, atestigua su existencia y corrobora su biografía. Muchos de los detalles, incluso algunos de los milagros, pueden ser inventados, pero los datos esenciales de su *curriculum* están firmemente establecidos.

* * *

“Hubo un varón llamado Benito”. Este comienzo nos trae a la memoria la presentación de Juan Bautista en el Prólogo del Cuarto Evangelio, y también el principio de dos obras del Antiguo Testamento sobre las cuales Gregorio dejó bellos comentarios: el Primer Libro de Samuel y el Libro de Job. Es un hecho significativo. Así como un compositor dibuja al comienzo del pentagrama la clave de sol o la clave de fa que permitirá descifrar su música, Gregorio nos entrega en esta primera fórmula netamente escriturística, la “clave” de su Vida de Benito. Esta deberá ser leída en constante referencia a la Sagrada Escritura, porque está totalmente compuesta, si se puede decir así, en “clave de Biblia”. Esa manera totalmente escriturística de considerar al héroe aparece de golpe en este Prólogo. La única cosa que allí se trata es su salida del mundo y su entrada al servicio de Dios. Su patria, su familia acomodada, sus estudios literarios en Roma sólo se mencionan para situar ese acto inicial de su conversión monástica. Lo que precedió no tiene interés para Gregorio. Lo único que cuenta es la ruptura con el mundo, el abandono de todo para “agradar sólo a Dios”, la decisión de “buscar el hábito de la vida monástica”. Como sucede con Abraham e Isaías, la Virgen María y los Apóstoles, y con tantos otros personajes de la Historia sagrada, el telón se levanta sobre Benito recién en el instante de su vocación.

Gregorio es incluso a este respecto, más radical que la mayoría de los grandes hagiógrafos que lo precedieron. Los biógrafos respectivos nos han conservado algunos rasgos de la infancia de Antonio, Martín, Ambrosio o Cesario. Aquí, nada semejante. Solamente nos enteramos de que Benito niño tenía una “cordura de anciano” -expresión que resuena extrañamente en nuestro mundo que busca más bien una nueva juventud cuando envejece-. Por lo demás, esta evocación de un “niño” precozmente anciano (en el lenguaje de la época se es todavía “niño” a los dieciocho años) apunta ya al retiro del mundo que se relata luego. No se trata de los años anteriores que, lo repetimos, a Gregorio no le interesan. Recién al final del Libro, nos enteramos de que Benito tenía una hermana, Escolástica, que había sido consagrada a Dios desde su infancia, signo de una familia profundamente cristiana.

Concentremos, por lo tanto, junto con el biógrafo, toda nuestra atención en el gesto de ruptura y de compromiso efectuado por este joven. El mismo ha realizado su consagración a Dios, por medio de una decisión totalmente personal, contra los designios de sus padres. ¿Podemos hablar de “vocación”? Al comenzar, Gregorio menciona sin duda la “gracia”, con la que el santo fue “bendito” (éste es el sentido de *Benedictus*, Benito, en latín), pero la continuación del Prólogo no menciona un llamado divino claramente significado y percibido como tal, ni ningún acontecimiento particular. La partida de Benito parece ser más bien el resultado de una deliberación sapiencial, cuyo móvil es una percepción tranquila y aguda de la caducidad del mundo, como la que tienen ciertos seres muy jóvenes, junto a la repulsión que inspira el espectáculo del desorden moral en un alma recta. Los entretenimientos viciosos de sus camaradas revelan a Benito que él ha sido hecho para otra cosa. En lugar de buscar su placer en la carne, él desea agradar a Dios.

Por tanto, en este relato, ni vemos a Jesús que camina por el borde del lago y llama a su discípulo, ni escuchamos la voz del Evangelio proclamado en la iglesia durante la liturgia y que un domingo le habló a Antonio al corazón. Y sin embargo, cuando Gregorio dice que Benito “abandonó la casa y los bienes de su padre”, pensamos en los Apóstoles que dejaron sus redes, su barca y a su padre con quien estaban pescando.

La antigua aventura vuelve a comenzar, la aventura de Abraham “que sale de su país, de su parentela y de la casa de su padre” por orden del Señor.

En cuanto a la admirable fórmula que expresa el significado positivo de este éxodo -“deseando agradar sólo a Dios”- evoca por su parte a dos figuras de las Cartas de san Pablo: la virgen que se preocupa únicamente de agradar al Señor y el soldado de Cristo, liberado de las preocupaciones de este mundo

para agradar a aquel que lo ha enrolado⁴⁵. “Dios solo”: divisa bíblica que resume el gran mandamiento dado a Israel y resplandece en el centro de una de las más bellas doxologías del Nuevo Testamento⁴⁶.

Renunciar a las creaturas por el Creador, dejar todo para ser sólo de Dios: esta decisión del adolescente que se aleja de Roma corresponde exactamente al análisis de la vocación monástica que realizará Gregorio algunos años más tarde en una página inolvidable⁴⁷. Para él la figura del monje posee dos rasgos esenciales: un vigoroso desprecio del mundo y una aspiración poderosa, exclusiva, unificante de ver a Dios. Este segundo elemento es todavía más característico que el primero, ya que por medio de él el monje deviene verdaderamente lo que dice su nombre: un ser interiormente unificado, un hombre de unidad. ¿Acaso el griego *monos* de donde viene *monachus*, no significa “uno”? Lo que hace al “monje” es su único amor, su única pasión por ver a Dios.

* * *

De manera que el abandono del mundo y la búsqueda de Dios solo, hacen de Benito el tipo perfecto del aspirante a monje. Sin embargo el segundo aspecto de esta conversión religiosa está presentado aquí como el deseo, no de “ver a Dios”, sino de “agradar a Dios”. Esta diferencia no es desdeñable, sobre todo para el lector moderno siempre pronto a sospechar que toda búsqueda de contemplación es egoísta. Esta sospecha, ya sea fundada o no, aquí en todo caso no tiene objeto. Nada menos egoísta que el deseo de Benito: hacer lo que agrada a Dios.

Esta aspiración, vasta como la inmensidad divina, se traduce en lo inmediato en una búsqueda singularmente precisa y limitada: la del hábito monástico. Esta voluntad de tomar “el hábito de la vida monástica” significa dos cosas. En primer lugar, que Benito reconoce en esa vida religiosa tradicional, cuyo signo público desde hace mucho tiempo, es el hábito, el camino del Evangelio por el cual se agrada a Dios. Este camino no está por inventarse. Ya existe, jalonado en lo esencial por las reglas de la ascesis y por los ejemplos de los ancianos, cuya fuente es la palabra de Dios viviente en las Escrituras. El joven buscador de Dios no es por lo tanto un francotirador. Al pedir el hábito monástico, pretende afiliarse a una tradición.

Al mismo tiempo, el hábito manifestará su propósito irrevocable de renunciar al mundo y de servir a Dios. Tomar el hábito es profesar abiertamente la vida monástica, es comprometerse a los ojos de todos, es comprometerse definitivamente. Al señalar esta resuelta gestión de Benito, Gregorio piensa visiblemente en su propia ruptura con el mundo, unos veinte años atrás, que no ha sido, desgraciadamente, tan neta y franca. De ello se acusa en la Carta-Prefacio de los *Morales*, dirigida a su amigo Leandro de Sevilla⁴⁸. Gregorio, patricio de fortuna y alto funcionario, “durante mucho tiempo ha diferido” la conversión a la que se sentía llamado. Todos sus deseos iban ya hacia el cielo y la eternidad, pero “creyó preferible conservar el hábito secular”, porque “algunas costumbres inveteradas le impedían cambiar su aspecto exterior”. “Serviría al mundo sólo en apariencia”, pensaba. De hecho, se dio cuenta de que la “apariencia” tiene más importancia de lo que se cree. Su propio espíritu no resistió a las preocupaciones mundanas que lo acosaban y finalmente debió “dejar el mundo” definitivamente y “arribar al puerto del monasterio” para salvar lo mejor de sí mismo.

Al buscar inmediatamente el hábito de la vida religiosa, Benito da prueba entonces de esa precoz madurez por la cual Gregorio lo honra. Y así llegamos a las últimas palabras de este primer párrafo: “Retiróse, pues, ignorante a sabiendas y sabiamente indocto”. Esta doble antítesis, cuya forma recuerda la paradoja inicial del “niño-anciano”, alude particularmente a la interrupción de los estudios

⁴⁵ *1 Co* 7,32; *1 Tm* 2,4. Además, cuando “desprecia al mundo con sus flores cual si estuviese marchito”. Benito se asemeja a los mártires celebrados por Gregorio en la *Homilía sobre el Evangelio* 28,3. Según ese paralelo, probablemente hay aquí una alusión al estado todavía “floreciente” del mundo romano en el tiempo que precedió a los desastres de la Guerra de los Godos y de la invasión longobarda.

⁴⁶ *1 Tm* 1,17.

⁴⁷ *Comentario al Primer Libro de los Reyes* 1,61.

⁴⁸ GREGORIO MAGNO, *Morales sobre Job*, Libros I-II.

literarios comenzados en Roma, a la renuncia a la “ciencia de este mundo”. Pensamos en la “sabiduría de este mundo” que denuncia san Pablo, en Cristo crucificado, que es simultáneamente “locura para los paganos, sabiduría para los elegidos”⁴⁹.

Asimismo, al hablar de otro personaje de los *Diálogos*, Sanctulus de Nursia, un sacerdote que apenas sabía leer pero que expuso heroicamente su vida para salvar a un condenado a muerte, Gregorio dice que su “docta ignorancia” es sujeto de confusión para nuestra “ciencia erróneamente docta”⁵⁰. Sin embargo, la ignorancia crasa e involuntaria de ese santo sacerdote, incapaz incluso de leer la Escritura, es diferente de la de Benito, deliberada y bastante relativa: esta ignorancia no le impedirá dedicarse a la lectura,⁵¹ ni escribir una Regla cuya forma Gregorio estima como “brillante”⁵². Al interrumpir sus estudios profanos, Benito no ha renunciado totalmente a la cultura, sino que ha optado por la cultura superior que se fundamenta en la renuncia al mundo y el don total a Dios.

* * *

El primer milagro de Benito, que se relata a continuación, nos hace pensar en las bodas de Caná. Así como Jesús hizo allí su “primer signo” respondiendo a una sugestión de su madre⁵³, Benito inaugura aquí su carrera de taumaturgo con un gesto de compasión hacia aquella sirvienta que era un poco una madre para él. Maestro y discípulo se encuentran en la misma situación intermedia, entre la familia que acaban de dejar y la obra de Dios que van a emprender. El primer acto del poder divino que manifiesta la consagración de ambos, queda semi-envuelto en las relaciones naturales de su pasado, como si la influencia materna los engendrara por segunda vez para que nazcan a su nueva vida. Pero el prodigio que realizan así, bajo el influjo del afecto, da como resultado el corte definitivo de esa relación filial. Jesús entra en su vida pública, Benito huye a su desierto. Ambos se alejan - aparentemente para no retornar- de la amante figura de sus primeros años. Esta sin embargo reaparece imprevistamente, cuando la muerte se acerca, en las últimas páginas del relato⁵⁴.

Más adelante volveremos a hablar de este primer milagro y de sus efectos. Ahora solamente destacamos lo que nos revela del corazón de Benito. Este joven renunciante, dispuesto a una ruptura radical, no es un alma dura, un ser inhumano. En él, la ternura se combina con el espíritu religioso más absoluto.

* * *

2. - EL ERMITAÑO PERDIDO Y HALLADO

⁴⁹ *I Co* 1,20 y 23-24

⁵⁰ *Dial.* III,37,20

⁵¹ *Dial.* II,31,2-3.

⁵² *Dial* II,36.

⁵³ *Jn* 2,12.

⁵⁴ *Jn* 19,25-27. En *Dial.* II,33-34, la figura femenina del final, Escolástica, ya no es la misma del principio, pero hay una evidente analogía entre estas dos mujeres desbordantes de un afecto que se relaciona con los vínculos de sangre y con la infancia de Benito.



Dibujo del P. Pablo Sáenz, osb

1,3. Benito marchóse a la soledad de un lugar desierto llamado Subiaco, distante sobre unas cuarenta millas de la ciudad de Roma, donde manan aguas frescas y transparentes. Esta abundancia de aguas se recoge desde allí primeramente en un gran lago y al fin se deslizan formando un río.

4. Mientras caminaba fugitivo en aquella dirección, le encontró en el camino cierto monje llamado Román y le preguntó adónde iba. Y cuando conoció su designio, guardó su secreto, y prestándole ayuda, dióle el hábito de la vida monástica, sirviéndole en cuanto pudo. Al llegar el varón de Dios a aquel lugar, se retiró a una cueva estrechísima, y permaneció durante tres años ignorado de los hombres, salvo del monje Román.

5. Vivía éste en un monasterio no lejos de la cueva, bajo la regla del abad Adeodato; pero hurtaba piadosamente unas horas a la vigilancia de su abad y en días convenidos llevaba a Benito el pan que podía sustraer, a hurtadillas, de su comida. No había camino hasta la cueva desde el monasterio de Román, porque se levantaba en lo alto una gran roca; pero Román, desde la misma peña, solía dejar caer el pan atado a una cuerda muy larga, y ató también a la cuerda una campanilla para que el varón de Dios conociese al sonido de ella cuando Román le enviaba el pan, y saliese a cogerlo. Pero el antiguo enemigo, envidioso de la caridad del uno y de la refección del otro, viendo un día bajar el pan, lanzó una piedra y rompió la campanilla. Sin embargo de ello, no desistió Román de ayudarle con medios oportunos.

6. Pero queriendo ya el Dios Omnipotente que Román descansara de su tarea, y al mismo tiempo se diera a conocer la vida de Benito como ejemplo para los hombres, a fin de que, colocada la luz sobre el candelabro, resplandeciese para iluminar a todos los que están en la casa de Dios, dignóse el

Señor aparecerse en una visión a cierto sacerdote que vivía lejos de allí, que había aparejado su comida en la festividad de la Pascua, diciéndole: “Tú te preparas delicias, y mi siervo sufre hambre en tal sitio”. Al punto se levantó, y en la misma solemnidad pascual, con los manjares que se había aderezado, fuese al lugar de referencia en busca del varón de Dios, a través de las asperezas de los montes, las profundidades de los valles y las hondonadas de aquellas tierras; y encontróle escondido en la cueva.

7. Y cuando después de hacer oración y bendecir a Dios Omnipotente, los dos se sentaron tras dulces coloquios sobre la vida espiritual, el sacerdote que había venido le dijo: “Levántate y tomemos alimento, porque hoy es Pascua”. A lo que respondió el varón de Dios, diciendo: “Sé que es Pascua, porque he sido digno de verte”. En efecto, alejado como estaba de los hombres, ignoraba que fuese aquel día la solemnidad de la Pascua. Y le dijo de nuevo el venerable presbítero: “De veras, hoy es el día pascual de la resurrección del Señor: no es procedente que ayunes, pues para eso he sido yo enviado, para que juntos tomemos los dones del Señor”. Bendiciendo, pues, a Dios, tomaron alimento. Y así, concluida la refección y el coloquio, volvió el presbítero a su iglesia.

8. También por aquel entonces le encontraron unos pastores escondido en la cueva, y viéndole por entre los arbustos vestido con pieles, creyeron que era una fiera. Pero reconociendo después en él al siervo de Dios, muchos de ellos trocaron sus instintos de fiera por la gracia de la devoción. Así, su nombre dióse a conocer a todos por los lugares circunvecinos, con lo que ya desde entonces se vio frecuentado por muchos, que al llevarle el sustento del cuerpo, recibían, en trueque, de su boca manjares de vida para su corazón.

Comentario

Benito se aleja en secreto de Effide (hoy Affile) adonde se había dirigido cuando partió de la Ciudad, y “se marcha al desierto” de Subiaco. Situadas al Este de Roma, las dos localidades distan menos de 10 kilómetros una de otra. Benito, dirigiéndose hacia el Norte, llega rápidamente al estrecho valle del Anio, en el que Nerón había construido en otro tiempo una represa y donde había arreglado el lago que da su nombre a Sublacus-Subiaco. Sobre las dos riberas se extendía una magnífica “villa” imperial, con un suntuoso “puente de mármol” que unía los dos lados. Es el puente que Benito debió cruzar, viniendo de Affile, para llegar a la ribera derecha. Allí, a unos 75 kilómetros de Roma⁵⁵ el joven aspirante a ermitaño encontrará la soledad que desea. Tanto en aquel tiempo como hoy, bastaba escalar la pendiente muy empinada de esa garganta para estar enseguida lejos de todo lugar habitado. En su gruta, a más de 600 metros de altura, con el lago a sus pies⁵⁶ y una roca abrupta sobre él, Benito se encuentra en un verdadero desierto.

“Marcharse al desierto”. Este era ya su proyecto, como recordaremos, cuando se alejaba de Roma⁵⁷. En efecto, ésta es la gestión inicial de toda vida monástica, es el primer paso que debe dar cualquiera que quiera llevar el nombre de monje. El autor de los Diálogos lo sabe bien: “Si se nos denomina monjes, es porque, renunciando al mundo, nos hemos marchado a la soledad para llevar allí una vida retirada”⁵⁸. Indudablemente Gregorio no está satisfecho con esta interpretación común de la palabra *monachus*, y propone otra más profunda, que define al monje por su deseo de Dios exclusivo y unificante⁵⁹. Pero la opinión común no se equivoca. El preámbulo obligatorio de toda conversión

⁵⁵ O sea alrededor de 50 millas romanas. Gregorio se queda corto en su estimación (40 millas, 60 kilómetros), al menos en el caso que se refiera a la ruta, que tanto en aquel tiempo como en la actualidad, sigue el curso del Anio desde Tivoli. La distancia, en línea recta, es de alrededor de 52 km (35 millas).

⁵⁶ Este lago era alimentado no solamente por las fuentes locales, que son lo único que Gregorio menciona, sino sobre todo por el Anio. Este afluente del Tiber no fluye hacia Roma únicamente al salir del lago, sino que tiene su fuente a unos veinte kilómetros más arriba de Subiaco.

⁵⁷ *Diálogos* I,1.

⁵⁸ *Comentario al Primer Libro de los Reyes* 1,61.

⁵⁹ *Ibid.* Ver más arriba.

monástica es, sin duda, la salida del mundo y el marcharse hacia una cierta soledad. El camino del monje hacia Dios comienza necesariamente con este movimiento físico.

“Benito se marchó al desierto”. Esta marcha de Affile a Subiaco, ¿es entonces el simple cumplimiento del proyecto concebido en el momento de la partida de Roma? No, porque entretanto se produjo un acontecimiento que le da una urgencia y un significado nuevos. Benito ha realizado un milagro, y ahora es admirado y venerado por toda la población de Effide. Y precisamente ahora quiere huir de esa gloria. Ya no se trata únicamente de dejar el mundo, como lo haría cualquier aspirante a la vida monástica, sino de desembarazarse de una reputación de santidad. Para lograr esto, se impone una desaparición total. De ahora en más, Benito quiere vivir “desconocido de los hombres”.

De allí la característica propia de los tres años que pasará en la gruta de Subiaco. Para Gregorio, el rasgo distintivo de este período es el incógnito total en el que se encierra Benito. Más tarde, cuando el joven superior vuelva a la soledad luego del fracaso de su abadiato, se hablará de “habitar consigo”, de vivir bajo la mirada de Dios, de salir de sí por la contemplación y el éxtasis. Por el momento, este aspecto contemplativo de la vida solitaria no aparece en absoluto. Lo único que le interesa al biógrafo es la ignorancia mutua del ermitaño y de los hombres. Nadie sabe donde está y él no sabe ni siquiera que es el día de Pascua.

Esta vida totalmente escondida, es la respuesta heroica de Benito a una tentación de vanagloria. Si ésta no hubiera existido, habría sido tan radical su decisión original de “marcharse al desierto”? Quizás habría entrado en una comunidad, o hubiera habitado solo en un lugar accesible y conocido. Como dice Gregorio, “las alabanzas del mundo”. “los favores de esta vida”, provocados por el prodigio de Effide, le hicieron tomar la determinación de ese sacrificio absoluto de toda relación humana.

La amplitud de la reacción, nos hace medir la gravedad del peligro. Aunque Gregorio no insiste en ello, es evidente que Benito en ese momento pasó por una prueba. De modo que su entrada en la vida monástica está acompañada por un combate interior, y toma la forma de una victoria espiritual sobre uno de los demonios más temibles que atormentan el alma humana.

A partir de ese momento, nos quedamos tranquilos. Este “niño dotado de una cordura de anciano”, este principiante que “ha comenzado con la perfección”, no por eso deja de ser un hombre como los demás que debe hacer un esfuerzo para evitar el pecado, para permanecer fiel, para progresar hacia Dios. Su historia no es, como tantas vidas de santos medievales, un insípido panegírico en el que el héroe avanza sin lucha de virtud en virtud. La Vida de Benito -por lo menos la primera parte (caps. 1-8)- desarrolla una serie de crisis que lo hacen pasar por todas las grandes tentaciones que conoce el hombre. Luego de la vanagloria vendrá la lujuria y más tarde, en dos oportunidades, la cólera, la violencia, el odio.

“La soledad espanta a un alma de veinte años”. Benito no tiene todavía veinte años, y la soledad con la que se enfrenta, espanta de muy distinto modo que la que asustaba a Célimène. A ella se une la alimentación reducida a un poco de pan, el ayuno perpetuo, el “sufrimiento del hambre”. Sus vestidos son pieles de animales, su casa un antro de bestias. Esta extremada austeridad, supone una fortaleza de alma y un equilibrio espiritual poco comunes, donde la gracia de Dios se despliega poderosamente. Y como es natural, a su vez se revela el otro polo del universo invisible: una intervención del diablo, todavía limitada, anuncia la oposición que sube de las profundidades contra esa vida demasiado santa.

Volvemos a encontrar todas estas características completadas con algunas otras, en el retrato de los anacoretas que aparecían, un siglo antes, en el pequeño escrito anónimo titulado *Consultas de Zaqueo y Apolonio*. Después de describir a los monjes que viven en comunidad, el autor presentaba a “aquellos que tienen la más alta observancia”, los anacoretas o ermitaños, de la siguiente manera⁶⁰:

⁶⁰ *Cons. Zac.* III, 3

“Estos monjes viven solos en el desierto, en lugares desolados y abandonados y pasan su vida en un aislamiento que justifica plenamente su nombre. Se protegen del sol y de la lluvia en habitaciones talladas en la misma roca o en grutas subterráneas. Se alimentan únicamente con pan duro y se desalteran con agua pura. Su vestido está hecho con pieles o pelos de cabra. Pasan toda su vida luchando en el alma y en el cuerpo. Son pura oración incesante elevada a Dios, súplicas que suben hasta él como un sacrificio. Si de vez en cuando cesa la oración, la remplaza la salmodia que celebra la alabanza divina, a fin de reanimar la alegría del alma entregándose a un gozo religioso. Por lo demás, los diferentes demonios se aprietan como una muchedumbre alrededor de ellos y las maquinaciones de estos espíritus impuros prueban a menudo la constancia del ermitaño, que sale victoriosa de estos encuentros. El ayuno es incesante y las noches se pasan sin dormir. El cuerpo se extiende directamente sobre la tierra o se arroja algunos instantes en la piedra dura. El tiempo que dedican al reposo es tan corto, que parecen desear más bien ofender y echar al sueño que entregarse a él”.

Este cuadro nos puede dar una idea de lo que Benito vivió o trató de vivir durante tres años. Pero el mismo Gregorio dice cómo veía él la vida solitaria. Además de los Diálogos, donde aparecen en escena varios ermitaños y reclusos, tenemos una carta suya dirigida a un tal Secundinus, recluso en el norte de Italia⁶¹. A los cincuenta años pasados, este hombre se quejaba de padecer tentaciones de la carne. Nada más natural, responde Gregorio, ya que la vida monástica solitaria es una provocación especial, un abierto desafío al diablo. Este no puede dejar de habérselas particularmente con ese combatiente que sale de las líneas para presentarle un combate singular. Y lo que particularmente excita al Adversario, es la intensidad con la que el recluso aspira al cielo. El “amor a la patria celeste”, “el fervor del deseo del cielo”, es lo que exaspera al diablo y le da todo su valor, a los ojos de Gregorio, a la vida del ermitaño.

En otra parte, en su Comentario al Libro de los Reyes, el Papa vuelve sobre el tema de la relación entre vida común y vida solitaria. Las dos existencias, comparadas en la carta a Secundinus con el combate entre ejércitos y el combate singular respectivamente, están simbolizadas aquí por los dos tipos de sacrificio de la Antigua Alianza: la “víctima” ordinaria y el holocausto⁶². En la vida comunitaria se ofrecen “víctimas”, realizando generosamente sacrificios personales que van más allá de la observancia ordinaria. Pero el que se retira de la vida común y de la acción para entregarse en secreto a una contemplación amante, ése se ofrece en holocausto porque se abandona íntegramente a las llamas del amor divino.

Este paralelo cobra todo su sentido si lo comparamos con otros pasajes de la obra gregoriana, donde las mismas imágenes sacrificiales simbolizan la vida del cristiano secular y la del monje⁶³. Así el monje es con respecto al simple fiel, lo que el ermitaño es con respecto al cenobita. Tanto para Gregorio como para el autor de las *Consultas*, la vida solitaria es la forma de existencia más entregada a Dios, el grado más eminente de vida cristiana.

Hay que subrayar que volveremos a encontrar esta escala de valores, generalmente admitida en esa edad de oro del monaquismo, en la Regla del mismo san Benito. El primer capítulo sobre las diversas especies de monjes, describe sucesivamente a los cenobitas y a los ermitaños, presentando a estos últimos como soldados particularmente aguerridos, capaces de enfrentar al diablo sin la ayuda de nadie. Pero este esquema que ya hemos encontrado en la carta de Gregorio a Secundinus, aparece aquí con una nota de gran importancia, que nos plantea un espinoso problema. Según Benito, el ermitaño auténtico es aquel que ha sido largamente probado en la vida común. Se debe combatir en las “filas de los hermanos” de un monasterio cenobita, antes de afrontar el “singular combate del yermo” con alguna posibilidad de éxito.

Este entrenamiento comunitario que Benito en su Regla declara indispensable, pareciera justamente haberle faltado a él. Contrariamente a lo que él mismo prescribirá, lo vemos abrazar directamente la

⁶¹ *Epístolas* IX,147 (IX, 52).

⁶² *Comentario al I Libro de los Reyes* VI,30.

⁶³ *Homilias sobre Ezequiel* I,12,30; II,8,16; II,9,12.

vida solitaria, sin pasar previamente por la vida común. ¿Deberemos concluir quizás que el capítulo primero de la Regla expresa una especie de arrepentimiento, como si Benito, instruido por su propia experiencia, advirtiera a sus discípulos contra una anacoresis prematura? Eso sería desconocer el carácter tradicional de este tema. La necesidad de una iniciación comunitaria ya es afirmada por Jerónimo, Casiano, el Maestro; y evidentemente es de estos autores y no de su experiencia personal que Benito ha tomado esa idea.

Por lo tanto, el contraste entre la vida del santo y su Regla debe explicarse de otra manera. Sin pretender soslayar la contradicción, podemos observar que Benito ya ha alcanzado, según Gregorio, una especie de “perfección” en el momento de hacerse monje. Por otra parte, el milagro de Effide, que ha revelado esta madurez precoz, invita al joven taumaturgo a desaparecer completamente para escapar a la fama. El caso de Benito, por lo tanto, de cualquier manera que se lo encare, es extraordinario y obligaba a trastornar el procedimiento normal.

Por otra parte, ¿tenía este procedimiento un carácter normativo a los ojos de Gregorio? ¿Incluso lo conocería? En sus escritos nunca habla de él. Sin embargo, tenemos motivo para creer que Gregorio había leído -y sin duda retenido en su memoria- los textos que prescribían formar al ermitaño en una comunidad. La Regla benedictina, que cita formalmente en dos oportunidades, bastaba en todo caso para informarlo sobre el particular. Pero no se preocupa en absoluto de conformar la Vida de Benito con su Regla. Su intención no es presentar la persona del santo como una encarnación de su doctrina⁶⁴. así como tampoco Benito había expuesto en su primer capítulo la teoría de su propia existencia. Este es un punto importante que debemos retener. La Vida de Benito y su Regla son dos cosas distintas, dos escritos que proponen el mismo objetivo, pero que tienden a él por itinerarios bastantes diferentes.

* * *

Ningún hombre es una isla. Al internarse en un aislamiento absoluto, Benito depende de un confidente, el monje Román, que le ha dado el hábito y le procura el sustento. Por medio de la vestición que lo hizo nacer a la vida monástica, Benito en cierto modo se ha convertido en su hijo. Por medio del pan que le conserva la vida, permanece en una relación filial con ese padre que lo alimenta. Así, este monje discreto y generoso ocupa el lugar de la nodriza que Benito acaba de abandonar. A la ternura con que lo amaba la primera, sucede la “caridad” con que lo rodea el segundo.

Esta asistencia secreta, fiel, llena de abnegación que presta al aprendiz de ermitaño un cenobita del monasterio vecino, es uno de los bellos episodios de esta Vida. La existencia de Benito depende de esa abnegación que cuesta a Román parte de su ración de pan. Esta historia nos hace pensar en dos pasajes de la Regla del Maestro, esa obra vasta que es la fuente principal de la Regla benedictina y que presenta más de un punto de contacto con los relatos de Gregorio sobre Subiaco.

En el cap. 27, el Maestro permite al monje generoso renunciar a una porción de su pan y de su vino durante la comida, y entregar la parte sacrificada al mayordomo para que se la dé a algún pobre.⁶⁵ Por otra parte, según el capítulo 23, toda la comunidad ve descender su pan del cielo cada día, ya que al empezar la comida, se encuentra en una canasta suspendida del techo, de donde se lo hace descender por medio de una cuerda y una polea⁶⁶. Este escenario ingenuo, que simboliza el origen providencial de la “ración de los obreros de Dios”, nos recuerda curiosamente el pan descendido por una cuerda en la gruta de Subiaco.

Pero más allá de la Regla del Maestro, la situación de Benito recuerda sobre todo ciertas historias de los Padres del desierto. En primer lugar, la de Antonio que fue abastecido de pan de esa manera durante toda la primera parte de su existencia. Durante los veinte años que permaneció encerrado en

⁶⁴ A pesar de que en *Dial.* II,36 dice, como veremos, que Benito “no pudo enseñar otra cosa que lo que él mismo vivió”.

⁶⁵ *Regla del Maestro* 27,47-51.

⁶⁶ *Ibid.* 23,2-3.

una fortaleza en ruinas, se lo pasaban dos veces por año por el techo⁶⁷. Sólo más tarde, cuando se retiró al desierto interior, decidió hacerse él mismo su pan para evitar este trabajo a los que lo sustentaban. Por su parte, Sulpicio Severo relata que, cuando un monje del valle del Nilo abandonó su comunidad con autorización de su superior para vivir en el desierto a algunas millas de allí el abad de vez en cuando le hacía llevar pan del monasterio⁶⁸.

Esta situación del ermitaño alimentado por sus hermanos cenobitas, se parece mucho a la de Benito, pero con la diferencia de que este último lleva una existencia clandestina a la sombra del monasterio de Adeodato, que el mismo abad ni se imagina. Aquí también hay una evidente anomalía, que sólo se justifica en un caso excepcional. Habida cuenta de esta extraña circunstancia, no es menos cierto que el anacoreta de Subiaco vive en los alrededores de un monasterio cenobita y depende de él. El mismo pan con que se alimenta lo ganan, lo confeccionan y se lo procuran los cenobitas. No se puede estar más separado y a la vez ser más dependiente de una comunidad.

La asociación de Román y de Benito se reproducirá cien veces en la historia monástica hasta nuestros días, bajo formas menos heroicas y menos pintorescas. Y cuando una mano invisible intenta cortar el cordón umbilical para que el joven solitario muera de hambre, esa historia de campanilla rota está bien en la línea del diablo en todas las épocas. El hecho de romper el vínculo de la caridad que une a los hombres -sobre todo si son hombres de Dios-, el hecho de enemistar a cenobitas y ermitaños, es una tarea bien digna de él. Pero salieron victoriosos, dice Gregorio, el corazón y la inteligencia de Román. Hasta que Dios sacó la luz de la gruta, siguió sirviendo en la oscuridad.

El doble descubrimiento del hombre de Dios, en primer lugar por un sacerdote y luego por los pastores, se parece singularmente a los evangelios de la infancia de Cristo. El primero de estos hechos, debido a una revelación, se debe comparar con la ida de los magos a Belén conducidos por la estrella. En cuanto al segundo hecho, si bien no ha sido provocado por ningún anuncio sobrenatural, sin embargo la identidad de personas -pastores en ambos casos- basta para fundamentar su comparación con Navidad. De este modo, así como Mateo y Lucas condujeron a sabios y simples hacia el recién nacido en el pesebre, Gregorio hace desfilar al clero y a los fieles, en correcto orden jerárquico, por esa gruta donde se escondía una nueva santidad.

La visita del sacerdote, largamente relatada, se termina sin un mañana, mientras que el breve episodio del descubrimiento de los pastores pone fin definitivamente a la vida oculta de Benito. El primero de estos acontecimientos, aunque recuerda la Epifanía, tiene como marco la fiesta pascual. El Señor resucitado se muestra, como en el Evangelio, a un testigo elegido y por la visita de este testigo, Benito resucita a la vida social. Su respuesta al sacerdote -“Sé que es Pascua, porque he sido digno de verte”- manifiesta al mismo tiempo su extraordinario olvido del mundo, que va bastante más allá de la “sabia ignorancia” del Prólogo, y su fe en Cristo vivo representado no solamente por el hermano que lo visita (“Has visto a tu hermano, has visto al Señor”), sino también por la cualidad sacerdotal de éste último. De hecho, convenía que un ministro de Dios pusiera la luz en el candelabro en ese día de resurrección, a imagen del cirio en la noche pascual.

Este sacerdote viene de lejos. Sin duda esto era necesario para evocar a los magos venidos de Oriente; pero además pronto nos enteraremos de que otro sacerdote que vive muy cerca de la gruta -el propio cura del lugar- no era precisamente el hombre apropiado para este ministerio de gracia.

También un día de Pascua, un gran monje de Egipto, el abad Apolo, fue gratificado milagrosamente con una comida deliciosa, que unos desconocidos trajeron expresamente para él en respuesta a su oración⁶⁹. Pero los manjares que Dios procura a su servidor hambriento por medio del sacerdote nos hacen pensar sobre todo en la historia de otro monje egipcio, el abad Fronton. El también, junto con sus discípulos, sufría de hambre en el desierto y repentinamente recibieron suntuosas provisiones

⁶⁷ ATANASIO, *Vida de Antonio* 21,4-5 (cf. 8,1 y 3). Antonio agricultor; ver 50,1-7.

⁶⁸ SULPICIO SEVERO, *Diálogos* I,10.

⁶⁹ *Hist. mon.* VII; *PL* 21,416 A-C. Ver *Encuesta sobre los monjes de Egipto* VIII,38-41.

enviadas por un rico a quien Dios había mandado decir: “¡Tú festejas magníficamente en tu opulencia, y a mis servidores en el desierto les falta el pan!”⁷⁰.

Por lo tanto, al telón de fondo bíblico de esta escena se agregan antecedentes monásticos bien precisos. Y ella recuerda más ampliamente, el hallazgo de Pablo, el primer ermitaño, por Antonio y de Onufrio por el monje Pafnucio. También a raíz de una revelación se había internado Antonio en el desierto para descubrir allí a su predecesor, que vivía olvidado de los hombres desde hacía casi noventa años. Y también había sido enviado por el Señor para prestar un servicio al ermitaño moribundo: el de enterrarlo dignamente⁷¹.

Pero a diferencia de estos viejos anacoretas, Benito es un joven cuya carrera monástica recién comienza. Al hacerlo descubrir por los visitantes maravillados, Dios no quiere salvar su memoria del olvido sino hacerle ejercer una irradiación activa. Esta primera influencia personal llega a los seglares. Ellos son quienes, en cambio, tomarán el lugar del monje Román y sustentarán a su vez al varón de Dios.

Al reanudar así, por voluntad divina, su relación con los seglares, Benito llega al término del ciclo comenzado con su partida de Effide. Había huido en aquel momento de la admiración del pueblo fiel. Su renuncia heroica a toda relación con los hombres, por medio de la cual venció la vanagloria, resulta ahora en una acción espiritual sobre los hombres Tentación, victoria, irradiación: son los tres momentos de una dialéctica que veremos plantearse más de una vez en la gesta de Benito en Subiaco.

La Pierre-qui-Vire
Francia

⁷⁰ *Vita Frontonii* 5-6, PL 73, 440 B-D.

⁷¹ Jerónimo, *Vida de Pablo* 7-16; *Vita Onuphrii*, PL 73, 211-220. Por otra parte, el descubrimiento de Benito por los pastores recuerda a Cirilo de Scythopolis, *Vida de Eutimio* 8 (cf. *Vida de Sabas* 15).